

RESEÑAS

CRÍTICA Y ENSAYO

Rafael Alarcón Sierra, *Entre el modernismo y la modernidad: la poesía de Manuel Machado*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999, 602 pp.

Libro es éste de larga y rigurosa gestación, que documenta hasta límites extraordinarios el periodo poético inaugural de Manuel Machado, desarrollado con equilibrio entre historia y crítica literarias, conciliando la mejor tradición filológica con los argumentos diacrónicos de la recepción.

El planteamiento de Alarcón Sierra presupone una cuidadosa distinción entre progresismo ético-social, y moda literaria que, en este caso de la consolidación simbolista en España, constituye un indicador fundamental de la crisis abierta por el choque de dos actitudes aparentemente enfrentadas, pero, en el fondo, complementarias en su voluntad modernizadora ante una realidad nacional insatisfactoria. Aunque don Juan Valera proclamara, a fines del xix, que en arte no había progreso, sino simples alternativas del gusto, el libro que comentamos, contribuye a deshacer el tópico unilateral de un modernismo literario decadente y elitista, resaltando su carácter revulsivo y progresista en el sentido estético más exigente, que pone de manifiesto la complejidad de la encrucijada histórica en que se produjo. El delicado conflicto entre modernismo literario hispano y modernidad europeizadora, vertebró el trabajo de Alarcón Sierra, resuelto con amenidad, sin desdoro de las exigencias impuestas por el origen académico de su investigación, bajo un principio de documentación casi exhaustiva.

El autor que, pese a su juventud tiene en su haber excelentes aportaciones al conocimiento de la obra del poeta sevillano (entre ellas la recuperación de sus prosas más olvidadas —*Cuentos completos*. Madrid: Clan, 1999—), investiga el proceso innovador de implantación y consolidación del modernismo simbolista en la literatura peninsular, cuando —entre 1902 y 1905— trataba de encontrar su espacio propio fuera de la sombra rubeniana. En el caso de Manuel Machado, como en el de su hermano menor Antonio por las mismas fechas, esta tendencia respondía a unas convicciones estéticas insobornables, que huían de todo convencionalismo, y a una capacidad de autocrítica que tenía por objeto defender radi-

calmente la autenticidad e independencia poéticas (así lo atestiguan artículos memorables como «El modernismo y la ropa vieja» —*Juventud*, 1-10-1901— o «Eso del modernismo» —*El País*, 20-3-1903—).

El modernismo simbolista, sentido como provocación por parte de quienes sentían el desarraigo, la escisión del yo y la desmembración de la totalidad, contra la práctica arrolladora del realismo-positivista durante la Restauración, es inseparable de las opciones modernizadoras del conjunto social español hacia 1900, pese a quienes, a lo largo del siglo xx, trataron de divorciar ideológicamente el llamado intelectualismo noventa-yochista del no menos supuesto reaccionarismo atribuido al estetismo decadente, algunos de cuyos miembros fueron juzgados *ad libitum*, con argumentos biográficos a veces extrapolados de debilidades políticas muy posteriores.

El activísimo papel de Manuel Machado en los orígenes de este proceso, queda minuciosamente desvelado por Rafael Alarcón Sierra en este libro, a partir de una extensa revisión y reinterpretación de materiales bibliográficos y hemerográficos. En cada una de sus dos partes, el estudio contempla detalladamente la experiencia vital del poeta —individual y cívica— en los periodos previos a la concepción de las dos obras estudiadas en los segmentos centrales del volumen dedicados a los respectivos análisis de *Alma* (1902) y *Caprichos* (1905). Desde la evolución y cambios habidos en la estructura de ambos libros machadianos en ediciones sucesivas, o de las dedicatorias de los poemas, hasta la genealogía y ramificaciones sincrónicas de los *topoi* que contienen, poco escapa a la penetrante observación del crítico. Su trabajo, a la par que excelente análisis de la poesía de Manuel Machado, viene a resultar un documentadísimo corpus de primera mano sobre las prácticas simbolizadoras del novecientos (secretos del reino interior, *hortus conclusus*..., crepuscularismo, intimismo melancólico, *ennui* o *spleen*, aquietamiento de la voluntad...), tanto en su muy directa ascendencia francesa, como en sus raíces en la literatura de lengua española desde finales del xviii (Meléndez Valdés, Zorrilla, Ruiz Aguilera, Núñez de Arce, Rosalía, Querol, Balart, Ricardo Gil, Rueda, Reina..., hasta una larga nómina de coetáneos peninsulares y ultramarinos). Ello evidencia en el investigador una envidiable capacidad para la erudición útil —tan poco común en nuestros pagos— llena de sugerencias para futuras vías de indagación.

Alarcón Sierra devuelve a Manuel Machado la jerarquía que realmente tuvo en los primeros años del siglo xx, como uno de los puentes fundamentales entre la tradición hispánica moderna y la poesía simbolista europea, que se sintió miembro operante de una comunidad artística —«hermandad modernista de gente nueva»— de ámbito occidental. En *Alma* aparece su alternativa inicial al modelo, más icónico y pictórico, imperante en la época, mediante un simbolismo plenamente interiorizado y personal, que imprime en los estereotipos simbolistas una marca estilística propia, aunque todavía con cierto bagaje decimonónico, superado

definitivamente en *Caprichos*, donde se incrementa su honda emoción lírica y humana mediante una «poesía altamente espiritualista» y el cultivo de la reminiscencia espaciotemporal, como *presentación intuitiva* que propicia un estado de abandono y desposesión espiritual —*instante de eternidad*— que le permite «abrir una brecha en el tiempo para liberarse del *spleen*» (p. 589). Alarcón concluye que 1905 sería el punto límite a partir del cual el triángulo modernista Ideal-Arte-Belleza comienza a manifestarse imposible al asumir el poeta las contradicciones de la vida «moderna». Como consecuencia el yo simbolista y sus máscaras se debilitan, orientándose hacia la propuesta de poesía «urbana, dialógica y de la experiencia» que había de desembocar en *El mal poema* (1909).

Si algún reparo cabe poner a este recomendable libro de Rafael Alarcón es que —con toda la extensión requerida por el método adoptado— recoja únicamente la fase inicial de un proceso poético, del que aún quedan contradicciones por desentrañar, y cuya evolución, por su complejidad, tanto desconcertó a lectores y críticos a partir de 1936.

UNED, Valencia

CECILIO ALONSO

Jaume Lloret Esquerdo, César Omar García Juliá y Ángel Casado Garretas, *Documenta Títeres 1*. Alicante: Festitíteres 99, 1999, 115 pp.

En su introducción al capítulo primero, Jaume Lloret Esquerdo advierte al lector del carácter divulgador y panorámico de este trabajo, destinado tanto al gran público como a los interesados en el mundo de los títeres.

Abarca desde su origen hasta finalizar el siglo xx y como hace notar el autor, la tarea de los estudiosos del tema no es fácil pues «el títere es un arte popular que muy raramente se ha fijado en textos escritos. Muy al contrario, el rasgo que mejor define al titiritero tradicional es su capacidad de improvisación oral encima de un esquema dramático muy elemental grabado en su memoria y transmitido de generación en generación» [6]. Debido a esta oralidad no existen piezas escritas aunque el repertorio tradicional de las representaciones de títeres ha sido poco innovador. La progresiva alfabetización de las masas ya muy avanzado el siglo xix provocó la decadencia de las formas de transmisión oral y, en el siguiente, mientras que los espectáculos de marionetas se enfocaban hacia un público infantil, los nuevos movimientos literarios, como el modernismo y las vanguardias dieron un giro literario a la tradición folklórica popular. De ejemplos servirían algunas obras de Valle Inclán y de Lorca así como *El retablo de maese Pedro* de Manuel de Falla, concebido en principio como una ópera.

En los orígenes, Lloret señala la existencia en el período neolítico de